vencida, entregando el fruto de sus crímenes bajo la mano de Dios, que sin esfuerzo la aplasta....

Reflexiones más serias, con serlo éstas tanto, inspiraban á la Duquesita este y otros espectáculos que vió en Inglaterra. Una idea clara y distinta, que tenía todos los caracteres de fijeza y lucidez que marcan las vocaciones é indican los derroteros que señala Dios al alma con las luces de su gracia, habíase apoderado de la Duquesa desde su llegada á aquel país de herejes. Cuando en salones, teatros y paseos veía aquella muchedumbre de seres desgraciados fuera del redil de la Iglesia, sentados tranquilamente en las tinieblas y á la sombra de la muerte, acudía á su pensamiento aquel continuo chorrear de almas que caen en el infierno, semejantes en su número, según Santa Teresa, á las hojas secas que arrastra el huracán en los últimos días de otoño. Una gran piedad aguda y desconsoladora hasta hacerle derramar lágrimas y querer dar voces avisando el peligro, como confesó ella misma más tarde, invadía entonces su corazón, dejando allí el germen de la virtud más grande y elevada que puede inflamar al hombre, la que hace á los Apóstoles cuando combate y santifica la intransigencia cuando defiende, y no es comprendida, sino menospreciada, cuando la fe duerme en el seno de la indiferencia profundo y egoísta letargo: la caridad del alma hacia el alma.

Esta virtud que había de florear y fructificar en la Duquesa, hasta el punto de que el Papa Pio VI le escribiese de su puño y letra, veintidós años más tarde: "No podemos alabarte bastantemente, ni tributarte las debidas gracias por tanta caridad; pero diremos altamente que la virtud nos llena de admiración, y por ella te damos una y muchas enhora-

buenas, y á Dios infinitas gracias (1)," fué el santo y purísimo fruto que supo sacar la Duquesa de Villahermosa de entre los errores y vergüenzas de la vieja Inglaterra. Su alma había seguido allí, como en todas partes, aquel hermoso consejo de un místico: "No seas como la araña, que todo lo que come lo convierte en ponzoña: sé como la abeja que todo lo trueca en miel...."

IX

No esperaron los condes de Fuentes la vuelta de los Duques para emprender su viaje á España, y á poco de idos éstos abandonaron la Embajada, dando por razón aparente de su marcha el clima húmedo de París y la delicada salud de la Condesa: vana excusa que no engañó á los íntimos, y hacía escribir desde Fontainebleau á D. Fernando Magallón, en carta dirigida al duque de Villahermosa poco antes del viaje de éste á Londres: "Mucho me alegro que el amigo Santiago haga compañía y divierta á las señoras. Ya tienen ahí á Siruela, que ayudará por su parte Sé que han estado en la Comedia Francesa, en la Opera y en los Fantochines; y después dirán que están tristes. Diga vuestra merced á mi señora la Condesa (después de ponerme á sus pies) que para esto no parece que hay humedad en París. *Sur le reste, je suis aussi discret que vous: je ne dis mot; je n'écris mot.*" La enfermedad de la Condesa era, sin embargo, cierta, á pesar de las burlonas reticencias de Magallón y del olvido en que dejaba aquélla la húmedad dañina de París cuando se trataba de divertirse: la tisis, enfermedad tan incurable

[1] Archivo de Villahermosa.—Cartas inéditas.

hoy como entonces, y mucho más desconocida, minábala lentamente, al mismo tiempo que ponía en sus ojos esa venda característica con que suele cegar, no sólo á sus víctimas, sino también á los que de ordinario las rodean.

Llegaron, pues, los Embajadores á Zaragoza, y de allí trasladóse el Conde con su hermano D. Ramón á la villa de Fuentes, cabeza de sus estados, donde poseía un hermoso palacio, ruina hoy, que deja adivinar aún en su gran patio, hermosa escalera y elegante claustro lleno de restos plateresco, tiempos pasados de esplendor y magnificencia. Pronto, sin embargo, dió el Conde la vuelta por haberse empeorado la Condesa á orillas del Ebro y hacerse preciso conducirla á Madrid, llevando por consejo de los médicos varios toneles de agua de Panticosa, considerada ya en aquella época como eficaz remedio contra las dolencias pulmonares.

Mientras tanto, preparaban también los Villahermosa en Londres su viaje de vuelta, siendo despedidos por el viejo lord Chatham, Roberto Pitt, que quiso tributar aquel honor á la hija del conde de Fuentes su antiguo contrincante cuando la declaración de guerra entre españoles é ingleses. Ni los años ni los estragos de la gota, que desde los dieciséis de su edad venía padeciendo, habían logrado apagar la viva expresión del rostro y la mirada de águila de aquel anciano de alta y majestuosa presencia, que con razón miraba la Gran Bretaña como uno de los más grandes hombres de su tiempo. Presentóse en casa de la Duquesa acompañado de dos jovenzuelos que eran sus hijos, Juan y Guillermo, tal como había de presentarse años después en la Cámara de los Lores, agonizante casi, apoyado en aquellos mismos hijos, de los cuales heredó uno su nombre y heredó

otro su genio; para exhalar en el último de sus discursos el último brote de su odio implacable á la Francia.

No quiso el duque de Villahermosa abandonar la Inglaterra sin haber presenciado siquiera una vez el espectáculo nacional de las carreras de caballo; trasladóse, pues, en vísperas ya del viaje, á Newmarket, en cuyo célebre Hipódromo había de correr el famoso *Eclipse*, notabilidad hípica de aquellos tiempos, tan festejada y coronada en el *turf* como Wellington en el campo de Waterlóo ó Pitt en la tribuna del Parlamento. Las apuestas eran ya en aquella época motivo de escándalo, de ruina y aun de fraudes tan altos á veces, como prueba el hecho de ser expulsado del Jockey-club de Newmarket, en 1792, el príncipe de Gales Jorge Augusto, que se llamó después Jorge IV. Habían pasado ya aquellos tiempos primitivos en que el vencedor obtenía por todo premio una campanillita de madera adornada de flores; metalizóse después ésta, convirtiéndose en campanilla de plata; Carlos II ofreció por primera vez un premio en dinero de 100 libras, y el tiempo y el carácter nacional imprimieron al fin á las fiestas hípicas el sello característico, la marca de fábrica inglesa, el negocio.

Las carreras de Newmarket fueron el último espectáculo á que asistió la duquesa de Villahermosa en Inglaterra; y sin que pueda constar el tiempo que á su vuelta se detuvo en París, ni la época fija de su entrada en España, es lo cierto que el 10 de Noviembre hallábase ya instalada tranquilamente en su palacio de la villa de Pedrola, en compañía del Duque, del hermano de éste, D. Jorge Azlor, y del presbítero D. Antonio Cavañero, administrador general de los estados de Villahermosa. Así lo testifica una car-

ta de D. Francisco Escarano, en que compadece al Duque por su destierro en aquel lugarón, y le insta de nuevo para que solicite sin demora la embajada de Inglaterra. "Yo empiezo á creer,—dice,—que es una desgracia haber vivido algún tiempo en París y Londres cuando uno debe pasar el resto de sus días en cualquiera otra ciudad del mundo. Ayer. y no más tarde, hacíamos esta reflexión con Scarnafis y otros individuos del Cuerpo diplomático. Me alegro por una parte que mi señora la Duquesa se aburra un poquito en España, porque eso hará que no se oponga á nuestras ideas. Llamo nuestras, porque las de V. E. y las mías son las mismas. Si pueden para con V. E. algo mis ruegos, le repito hoy con las mayores instancias los de no descuidarse en solicitar esta Embajada y de no esperar para ello á que vaque. Digo, y escribo (aunque de nada sirvan mis dichos y mis cartas) que si quieren acertarlo, deben enviar á V. E. á Londres. Cualquiera otro que venga podrá traernos perjuicio. El buen modo de un Embajador quiere decir infinito. Aquí han conocido á Vuecencia, y le estiman como deben. Milord Rochford es su amigo, y será secretario de Estado, según se puede prever, por algún tiempo. En fin, si mi jefe pinta al amo las cosas como son, tendrá la satisfacción de volver á Douvres á recibir á V. E."

No se aburría ciertamente la Duquesita en su villa de Pedrola, y al trocar el bullicio de París y Londres por el silencio de aquel retiro, pareció á su espíritu devoto y sosegado pasar por un invierno de Laponia á una primavera de Nápoles, de los embates de una mar bravía á las suaves ondulaciones de las olas de un puerto. No comprende los encantos de la soledad quien vive siempre fuera de sí mismo, despaparamado en placeres ó negocios, sin gustar nunca

esas misteriosas pláticas que entabla el hombre consigo mismo, tan sabrosas que hicieron decir á un sabio que jamás se hallaba tan acompañado como cuando se veía solo; tan útiles que hicieron decir á un santo: "Si me das un cuarto de hora diario de reflexión, yo te daré la vida eterna." Esta sosegada reflexión sobre aquellos cuatro años de su vida pasados en mitad del mundo, diéronla gran experiencia de este temible enemigo del alma; porque no consiste tanto aquélla en haber visto mucho como en haber reflexionado mucho; y al hacerlo ella uno y otro día sobre el mismo tema, divisaba más contorneados los escollos, veía más claros los caminos y disponíase mejor su corazón á recibir la nueva enseñanza de comparar lo alto con lo bajo, lorico con lo pobre, lo poderoso con lo desvalido, que Dios le reservaba en el solitario palacio de Pedrola.

No tenía ya éste en aquella época el aspecto ceñudo y guerrero que le dió en el siglo XIV la artillería ganada en Navarra por el duque de Villahermosa, D. Alfonso de Aragón, y arrastrada á Zaragoza por los sediciosos, para desgracia del sexto duque don Hernando, cuando las alteraciones de aquel reino y la fuga de Antonio Pérez. Ni era tampoco aquella mansión deliciosa de señoril recreo, rodeada de jardines y de bosques, en que puso Cervantes la morada de los discretos Duques que dieron hospedaje al inmortal hidalgo manchego, según Pellicer asegura en sus eruditísimas notas. Era entonces el palacio de Pedrola un vasto edificio, en mil épocas remendado, que conservaba, y conserva aún, pasadizos y recovecos que recuerdan á la dueña Doña Rodríguez, envuelta en luengas y repulgadas tocas, pisando quedito, con media vela encendida en la mano y grandes espejuelos ante los ojos, y arcadas ele-

gantilísimas que dan hoy á un corral, sin duda jardín ameno en otro tiempo, dignas de servir de marco al gentil busto de la desenvuelta Altisidora lanzando el desdeñoso D. Quijote aquel memorable apóstrofe:

.....

Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quédente los raigones
Si te sacares las muelas·
¡Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas!

Rodeaban en otro tiempo al palacio de Pedrola frondosos jardines que llegaban hasta la orilla del Ebro, y pasado éste hallábase la famosa *casa de placer*, con bosques, jardines y estanques de mucho recreo, labrada por D. Juan de Aragón, duque de Luna, conde de Ribagorza y virrey de Nápoles, á quien su primo el Rey católico escribió la ruidosa carta que anotó más tarde D. Francisco de Quevedo. Al lado del palacio fundó su hijo D. Alonso de Aragón un Colegio para doncellas nobles, bajo la regla de San Bernardo, que se llamó de Nuestra Señora de Buenavía ó del Buen Camino, porque pasaban por allí los de Borja, Tarazona y Navarra. Duró el Colegio lo que la vida de D. Alonso, y á la muerte de éste embelleció el palacio su hijo D. Martín, quinto duque de Villahermosa, con curiosas pinturas y estatuas, entre las cuales se conserva una Venus de tiempo de los romanos, traída de Italia por el virrey D. Juan, y otra porción de objetos artísticos, cuyo catálogo se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid con este título: *Antigüedades, estátuas, monedas y medallas que tenía en su camarín de Pedrola D. Martín de Aragón, duque de Villahermosa.* Hospedóse en el palacio de Buenavía el Papa Adriano VI cuando en 1522 fué elegido Sumo Pontífice, hallándose en Burgos ocupado en la Regencia del reino de Castilla.

Agasajóle á su paso con grande magnificencia el conde de Ribagorza, Don Alonso, y el Papa bautizó por su propia mano en la iglesia de Pedrola á la quinta hija de aquél, que murió párvula, y recibió en memoria del suceso el nombre de doña Adriana. Celebráronse también con muy lucida pompa en el Colegio de Buenavía las bodas del virrey de Aragón, Don Fernando de Borja con Doña María de Borja, siendo padrinos el príncipe de Esquilache y Doña María Luisa de Aragón, duquesa de Villahermosa, como acredita la partida de casamiento registrada en el archivo parroquial de la Villa de Pedrola.

Mas todo esto había ya desaparecido en tiempos de la duquesa Doña María Manuela, desmoronado por los años y tragado por la tierra, que cumple su misión de sepultar á los hombres como á los monumentos, y tan sólo restaba del palacio de Buenavía una informe ruina, cubierta hoy del todo por un olivar que arranca de la orilla misma del río. Quedaba, sin embargo, el recuerdo de todas aquellas grandezas, unido á la memoria de ese conjunto de grandes hazañas, trágicos sucesos, personajes famosos, ilustres caudillos, sangre vertida, lágrimas derramadas, fiestas, guerras, regocijos, lutos, muertes y victorias, que hacían en lo antiguo de los vasallos y el señor un solo todo, y hacen del palacio de Pedrola, como cuna y sepulcro de una gran familia, un interesante archivo de recuerdos, enlazados con la historia de un reino. Mas entre todas aquellas sombras ilustres que pudo la duquesa evocar con su imaginación en el antiquísimo solar de la Pedrola hubo una que lle-

gó á serle familiar, á ser su amiga, y su guia y su modelo, y á trasmitirle desde la eternidad la grandeza de espíritu y las virtudes que le adornaron en siglos remotos.... A la mañana siguiente de su llegada á Pedrola, quiso la Duquesa oír Misa en la iglesia de la villa; lleváronla entonces por nna extraña galería de más de ciento sesenta pasos de largo, que arrancando del palacio ducal pasaba por encima de las casas del pueblo y venía á desembocar en una tribuna que daba al templo. A derecha é izquierda de aquel largo pasadizo veíanse pintadas en la pared varias cruces, numeradas con caracteres del siglo XVI. Preguntó la Duquesa qué significación tenía aquello, y dijéronla que era el *Via Crucis* que solía recorrer de rodillas la *Santa Duquesa*. Este nombre, que, rodeado siempre de la más profunda veneración, había llegado más de una vez á sus oídos, llenó á la Duquesa de religioso respeto, y aumentósele éste en gran manera cuando al llegar al extremo de la galería, y bajando seis escalones, introdujéronla en otra tribuna, no más ancha que lo que daba de sí el espesor de los muros, cerrada con fuertes barras muy bien labradas al modo del siglo XV. Dijéronla entonces que aquella estrecha mazmorra había sido el teatro favorito de las oraciones y penitencias de la santa Duquesa, y mostráronla en la pared unas manchas negruzcas qae marcaba la tradición como salpicaduras de sangre de aquella santa de pasados tiempos. Daba la tribuna á una capilla con boveditas de aristas, rosetones y arcadas rebajadas con respecto á la nave de la iglesia, y había en el retablo un devotísimo Cristo de tamaño natural y muy buena escultura, cuya cabeza llegaba al nivel de la reja, pudiéndose contemplar desde ella cara á cara su faz cárdena sus ojos quebrados, su boca entreabierta.... Apoderóse entonces de la Duquesa ese religioso pavor que inspiran las cosas santas, tan distinto del miedo que aterra y hace huir, como parecido al sentimiento de lo sublime, que atrae y arrastra hacia lo mismo que lo provoca. Esta misteriosa atracción impulsó á la Duquesa más lejos todavía, y quiso conocer por sí misma todo cuanto quedaba de aquella santa mujer, cuya memoria le ponía Dios delante como un amparo á que recurrir en el cielo y como un ejemplo que imitar en la tierra.

Lleváronla á la iglesia, que constaba entonces de una sola nave ojival, de fábrica del siglo XIII, con capillas á los lados y un presbiterio en el fondo, en que se veía la estátua sepulcral de D. Alonso de Aragón, conde de Ribagorza, con las de sus tres mujeres, Doña Isabel Folch de Cardona, Doña Leonor de Soto y Doña Ana Sarmiento. En la pilastra del lado derecho del presbiterio, que hacía entonces esquina á la Capilla del Santo Cristo, había una estrecha y humeda cripta que encerraba dos ataúdes, con este letrero puesto entre las cabeceras de ambos: *In vita sua dilexerunt se, et in morte non sunt separati.* Encerraba uno de ellos el cuerpo de Don Manuel de Aragón, quinto duque de Vilahermosa, llamado en su tiempo el *Filósofo aragonés*, y en el otro, forrado de terciapelo negro y abrazado con una cruz amarilla, descansaba hacía doscientos trece años el de su esposa, la muy ilustre señora Doña Luisa de Borja y Aragón, venerada desde entonces hasta hoy con el nombre de la *Santa Duquesa*, aclamación popular que arrancaron en su tiempo sus heroicas virtudes y han sancionado de generación en generación tres siglos y medio.

Abrieron el ataúd, como era costumbre siempre que la piedad lo solicitaba, y apareció el cadáver

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

completamente entero é incorrumpo: tenía sobre la mortaja el escapulario blanco de Santo Domingo, ceñido á la cintura por el cordón de San Francisco y la correa de San Agustín, tal como la misma santa Duquesa lo dejó dispuesto en su testamento. Sobre el pecho veíase bordada, con seda blanca y negra, la cruz dominicana, y cubríale todo el rostro un paño doble de tafetán blanco. Levantaron éste, y aapreció el rostro sereno y sosegado como si durmiese, sin desperfecto en las facciones, aunque tenía la tez bastante teñida y el labio superior algo retirado hacia lo alto. Hubiérala, sin embargo, conocido el que en vida la hubiera visto, y la misma Duquesa pudo apreciar su semejanza con un retrato que se hallaba entonces en Pedrola, entre otros de familia, y se conserva hoy en Madrid en el palacio de Villahermosa. (1) En este lienzo, pintado en Pedrola por el famoso *retratador* Rolam de Mois, que el duque don Martín trajo de Flandes consigo, está representada la santa Duquesa con todas las galas propias de su alto rango. Es alta, robusta y con el pelo rubio; viste saya entera de terciopelo negro, abierta por delante hasta el talle, que adorna una cintura de perlas con rubíes y esmeraldas; ábrese la saya hasta los piés, y está adornada en sus bordes con botones de rica pedrería y ojales de oro, al igual de las mangas, que son largas y abiertas: El vestido interior es color de rosa, guarnecido de anchos pasamanos, con orlas de plata. De la rizada toquilla con pedrería qne adorna su cabeza pende un velo transparente, en cuya extremidad hay una joya de oro y piedras

(1) Doña Luisa de Borja y Aragón, quinta duquesa de Villahermosa, profundamente venerada en esta ilustre casa con el nombre de la *Santa Duquesa*, fué hija de D. Juan de Borja, tercer duque de Gandía, y Doña Jnana de Aragón, nieta del rey D. Fernando el Católico. Era, por lo tanto, hermana de San Francisco de Borja, y fué asimismo émula de sus virtudes, hasta el punto de merecer el dictado de *Venerable*. Escribió su admirable vida en el siglo XVII el P. Muniesa, de la Compañía de Jesús, y bien pronto saldrá á luz otra nueva edición de esta obra, considerablemente aumentada y corregida por el P. Jaime Nonell, de la misma Compañia. El cuerpo de la venerable Duquesa se conserva cuidadosamente en la iglesia de Pedrola, en una primorosa urna de cristales, incorrupto aún, pero en verdadero estado de momia. La mayor humedad del sitio en que se halla al presente hala deteriorado algún tanto en estos últimos veinte años; mas todavía se nota á primera vista, en la forma de su frente y el corte del rostro, su sorprendente semejanza con el retrato de Rolam de Mois, á que aludimos en el texto, existente en la galería de retratos del palacio de Villahermosa. El laudable amor de los Duques de este nombre á las glorias de su familia ha conservado con el mayor esmero y respeto todos los recuerdos de la santa Duquesa, y aún se conservan intactos en Pedrola el *Vía Crucis*, la galería, la tribuna y el Santo Cristo que hemos descrito. Esta hermosa imagen, según cuenta la tradición, fué traída de Flandes por el duque de Villahermosa, D. Martín, en compañía de un precioso bajo-relieve que representa á la Virgen María con el niño Jesús, y conserva con la mayor veneración la actual señora Duquesa en sus habitaciones particulares del Palacio de Pedrola. Consérvase también en el santuario de Loyola, como preciada reliquia, una casulla bordada por la venerable Duquesa y enviada de regalo á su hermano San Francisco de Borja para que se sirviese de ella en su primera Misa, como en efecto lo hizo el Santo al celebrarla en aquel santuario.

preciosas con el nombre de Jesús y tres perlas pinjantes.

Aquella santa de pasados siglos, que para su edificación y ejemplo le ponia Dios á la vista, impresionó vivamente á la Duquesita, en cuyos oídos resonaban aún los estruendosos ecos de las dos Cortes más corrompidas que existían en Europa. Diéronla entonces para su lectura la *Vida de la venerable Doña Luisa de Borja y Aragón*, escrita por el P. Muniesa, de la Compañía de Jesús, en el siglo XVII, espejo fiel que retrataba el alma de la venerable con la misma exactitud con que había trazado Rolam de Mois los rasgos de su fisonomía en el retrato de Pedrola. La lectura de aquel libro, hecha junto al cadáver de la heroina y en los parajes mismos que fueron teatro de su vida, abrió ante la Duquesa horizontes dilatadísimos; porque necesita en alta mar el navegante un punto fijo que le marque la distancia que recorre y la prisa conque camina, y aquel libro, leído y releído, y una y otra vez meditado, fué el punto fijo que hizo apreciar á la Duquesa la distancia enorme que mediaba ya entre la gran señora del siglo XVI y las Duquesas cortesanas que acababa de ver ella en París y en Londres, y en Madrid mismo.

La diferencia contristó su ánimo, avergonzándola en su humildad, por lo que á ella correspondía, y la gracia de Dios que la solicitaba dictóle al punto al oído lo que podría ser aún una Duquesa de Villahermosa que quisiera vaciarse en aquel troquel de la propia familia. Harto comprendía su claro entendimiento que los tiempos habían variado desde entonces, y que también tiene que doblegarse la virtud á no pocas exigencias de aquéllos; mas de igual modo parecíala claro y evidente que la esencia de la virtud es siempre la misma por más que varíen sus

manifestaciones, y virtudes de todos los tiempos resultaban sin duda alguna aquella cristiana dignidad de gran señora, aquel amor de madre á los desvalidos y aquel contínuo afán de enseñar á todos con el buen ejemplo, que tan solo brillaron en la santa Duquesa. Por otra parte, no era aquel libro, que Dios había puesto en sus manos, una de esas vidas de santos escritas con más devoción que conocimiento del hombre, que presentan desde luego al justo sobre un pedestal altísimo, rodeado de favores celestiales y maravillosos prodigios, que pasman más bien que alientan, y mueven más á la admiración del que los goza que á la admiración del que los ha merecido. Lejos de eso, el P. Muniesa marcaba paso á paso la escala por donde se sube á ese pedestal tan alto, deteniéndose en cada peldaño, haciéndolo práctico y suave, y allanando sobre todo el primero y más dificultoso, que es el arranque de la voluntad que se decide á levantar el pié de la tierra.

La Duquesa lo levantó, en efecto, y sobre los muchos pasos que había dado ya en el camino de la virtud sin saber siquiera que los daba, como acontece siempre á los humildes, dió aquel otro nuevo que Dios exigía de ella, y dióle sin vacilaciones, con la enérgica actividad que inspira la fe viva en las buenas obras, con el tino y el acierto con que mueve sus pasos el que se deja guiar dócilmente por las emociones de la gracia divina. Comenzó, pues, á subir por aquellos mismos peldaños por donde la santa Duquesa había subido tan alto, y fué el primer fruto de sus afanes el amor de madre hacia los pobres y desvalidos, virtud la más propia del rico y poderoso, porque ella le ayuda á cumplir la misión de tutor y curador del pobre que Dios le ha impuesto sobre la tierra, y le da á gustar la gran prerrogativa que ha-

ce envidiar riquezas, el dulce goce que los ángeles encuentran santo, el poder de hacer felices. Era la Duquesa aficionada á la lectura de Massillón hasta el punto que veremos más adelante. y había leído en uno de sus sermones y grabado en su memoria estas solemnes palabras, dirigidas por el famoso orador muy pocos años antes á los grandes señores de la corte de Versalles: "Si á Dios solo debéis el nacer en el rango que ocupáis, ¿cuál ha podido ser su designio al derramar sobre vosotros con tanta profusión los bienes de la tierra? ¿Habrá querido acaso facilitaros el lujo, las pasiones y los placeres que él mismo condena? ¿Serán entonces esos dones funestos presentes que os haya hecho en su cólera? Si así es, si sólo por vosotros mismos os hizo nacer en la prosperidad y la opulencia, gozad de ella en buen hora; forjaos, si podéis, una injusta felicidad sobre la tierra; vivid como si todo eso fuese creado para vosotros solos; multiplicad vuestros placeres y apresuraos á gozar, porque el tiempo es corto. Pero no esperéis nada más después de la muerte y el juicio, porque ya habéis recibido aquí abajo toda vuestra recompensa.... Mas si entra en los designios de Dios que vuestros bienes sean el camino de vuestra salvación, entra también precisamente que sólo por vosotros haya dejado pobres y desvalidos sobre la tierra. Vosotros ocupáis aquí abajo, respecto á ellos, el lugar de Dios mismo; sois, por decirlo así, su providencia visible, y tienen ellos el derecho de reclamar de vosotros y exponeros sus necesidades, porque vuestros bienes son sus bienes, y vuestras limosnas el solo patrimonio que Dios les ha designado sobre la tierra." (1)

---

[1] Massillon, *Petit Carême. Humanité des Grands.*

La Duquesa jamás había visto de cerca á un pobre, porque rara vez entran éstos en los palacios en que ella había vivido, y molestaban entonces al egoísmo tanto como hoy los clamores y las llagas de la miseria. Mas al visitarlos en persona en su villa de Pedrola, y ver por sí misma sus lágrimas y escuchar sus lamentos, abrióse su pecho á la compasión, manantial de todo remedio; y así como el espectáculo de millares de herejes que vió en Inglaterra despertó en su corazón la caridad del alma hacia el alma, así también la vista de los trabajos y miserias del pobre, que Dios le puso ante los ojos en Pedrola, despertó en ella esa otra caridad que remedia las necesidades materiales, inferior sin duda á la primera pero complemento necesario suyo si ha de resultar esta virtud acabada y perfecta; porque al decir Jesucristo que el hombre *no sólo vive de pan*, dió á entender claramente que también de pan vivía, y que unida á la caridad que cuida del alma, ha de ir también la que cuida del cuerpo.

Desde entonces gastó la Duquesa en alivio espiritual y temporal de los pobres, según su propio hijo testifica, las *tres cuartas partes* de la renta que el Duque le había asignado, y desde la muerte de éste hasta la suya propia siguió gastando las mismas *tres cuartas partes* de la renta total que la pertenecía. Desde entonces tomó también la costumbre de pedir ella misma los sábados cuenta estrecha de cuanto en la casa se debía, y hacer pagar sin demora toda deuda que resultase, para no retener ni un momento lo que era fruto del trabajo de un pobre ó podía representar el bienestar de una familia. Costumbre ésta tomada y amoldada por ella á sus tiempos, de la que la Santa Duquesa observó siempre en Pedrola, según el estilo de los suyos, mandando salir to-

dos los sábados un pregón público en la villa para que vinieran á cobrar al palacio todos los que allí tuviesen alguna deuda.

Otra costumbre santa y cristiana, y española y hermosa, como todo lo que tiende por parte del poderoso á proteger y elevar al desvalido, tomó también la Duquesa de su ilustre antecesora, y observóla fielmente hasta el fin de su vida. Cuidaba esta santa mujer con exquisito amor y vigilancia, no sólo de sus dueñas, doncellas y escuderos, gentes bien nacidas, según costumbre de la época, sino hasta de los más humildes galopines y fregonas que, por estar á su servicio, formaban parte de lo que en frase tan castiza, tan cristiana y tan profunda se ha llamado siempre en España, no la *servidumbre*, sino la *familia*. Aconsejábaios con cariño y remunerábalos con largueza, porque más se satisface la pobre naturaleza humana de cosas que de consejos: patrocinábalos en sus trabajos y regocijos, los visitaba y aun asistía en sus enfermedades, persuadida de que la idea de *señora* encierra en sí la de protectora y la de madre, y presidíalos en sus ejercicios devotos, congregándolos diariamente á son de campana en el oratorio privado de Pedrola, donde ella misma dirigía, respondiendo todos ellos, la clásica devoción española del Rosario de la Virgen santísima. Esta última costumbre fué la que resucitó en Pedrola y prosiguió toda su vida la Duquesa, no sin alguna oposición por parte del Duque, que la encontraba harto familiar á pesar de hallarse él imbuído en las flamantes doctrinas igualitarias de los filósofos, falsa moneda del verdadero cuño católico.

Quizá también alguna dama melindrosa de las *recién llegadas* elegantes del día encuentre harto demócrata lo que hacía en el siglo XVI la rica hembra

más ilustre de Aragón, verdadera soberana independiente por su condado de Ribagorza, y lo que imitaba en el XVIII la Duquesa española que dejó fama más ilustre en las cortes de Francia, Inglaterra, Turín y España. Eralo, en efecto, mas no á la moda liberal de esta época, sino á la manera santa que dijo Pio VII: *Siate buoni cristiani, e sarette otimi democratici;* y aquellas dos grandes señoras que sentaban á su mesa príncipes y reyes, no gacetilleros aduladores sin nacimiento, sin méritos, sin fe y sin conciencia, no se desdeñaban de arrodillarse ante Dios al lado de un pobre lacayo y proclamarle su hermano, su verdadero hermano legítimo, al repetir con él la única y verdadera fórmula de la fraternidad humana; *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!....*

X

Nunca, desde el día de su matrimonio, habíanse tratado los Duques tan de cerca como en aquellos meses pasados en el palacio de Pedrola. La vida cortesana del Duque habíase interpuesto siempre entre ambos esposos como un muro de cristal que, sin impedirles verse, les impidiera oírse y comprenderse. Mas en aquel retiro de Pedrola, donde no había teatros á que concurrir, ni salones en que trasnochar, ni aun libros en que abismarse, pues su magnífica biblioteca íbala el Duque reuniendo en la corte, preciso era tomar el día por la punta, estar todo él en contacto, y aquella aproximación necesaria fué útil y favorable para ambos esposos. Comenzó, pues, á trocarse por parte del Duque la especie de benévola compasión, no exenta de desdén, con que hasta entonces había mirado la juventud y sencillez de su esposa, en justa estima del maduro juicio y delicada